

Podría tratar de resumir las tres semanas del *RCR Summer Workshop de Arquitectura y Paisaje* día por día y contarte todo lo que englobaba el intenso programa, podría explicarte el proyecto en el que nos embarcamos de lleno en este corto pero intenso viaje, y contarte el contenido de cada una de las conferencias que nos regalaron tantas grandes personalidades de la arquitectura y otras disciplinas -gracias, Benedetta, Palinda, Hisao, Pau, Carmen, Fernando, Jordi, Marina, Lucía-.

Pero no lo haré. Eso sería desentrañar una de las experiencias más gratificantes y sorprendentes que he vivido, ¡y no pienso hacerte eso! Lo que sí haré es describirte rápidamente cómo pasé casi un mes que voló dentro de una burbuja en la que todo era nuevo, inesperado, en la que logré desprenderme de la mochila que todos llevamos encima -en este caso una maleta de más de 20 kg-. Aunque no me refiero a esa, sino a la que está formada por todo lo que ya sabemos o conocemos, y que más vale vaciar momentáneamente aquí para poder llenarla de nuevas vivencias, aprendizajes, personas, perspectivas e ilusiones.

Todo empezó con una inesperada llamada de la Fundación Arquia. ¡Qué ilusión! Al día siguiente ya lo tenía todo planificado: en tan solo dos semanas me iría al workshop de RCR. La apretada agenda de esos momentos -la presentación de un PFC, un nuevo trabajo y una graduación de por medio- no me permitió buscar demasiada información de este evento, ningún testimonio o similar, tan solo planificar lo básico: sabía dónde iba y cómo iba a llegar, pero nada más. Esto no suele ser habitual para mí, normalmente me encanta hacer listas de dónde quiero ir, leer sobre las actividades que se van a realizar para poder proyectarme en ellas y de alguna forma empezar a vivirlas antes de llegar, y una vez allí disfrutar de la felicidad y tranquilidad que me da lo conocido, quizá a ti te pasa lo mismo. Sin embargo, para ser sincera creo que los momentos más especiales llegan siempre de forma insospechada, y que no hay nada como la alegría de descubrir algo completamente nuevo, y así fue: el espectáculo de lo real fue inabarcable.



El Espai Barberi



*Mi equipo de trabajo_
Andrés y Jose de Colombia, Victoria de
Argentina e Iñigo de San Sebastián.*

No sé qué será exactamente ni cuáles son los factores que hacen que así sea, pero es que cuando entré en el Espai Barberi -el estudio de RCR, donde se desarrollará el workshop- me invadió una sensación de magia. Y no sé si será la antigua fundición artística que allí vivió, o el albergar tanto y tanto trabajo de tantos años hecho siempre bajo el precepto de encontrar la Belleza -temática que nos acompañó de forma constante, y es que como nos decía Ramón parafraseando a alguien más, *¡Buscar la belleza es lo único que merece la pena en este asqueroso mundo!*-, o el ser testigo de estos workshops -ya van por la XV edición- que son un hervidero de creatividad, talento, ganas y juventud compartida, o esa vegetación que se abre paso entre lo artificial, o la luz que brilla sobre las partículas de polvo quietas en el aire como en una atmósfera onírica. No sé que será, pero desde el el minuto uno me embriagó, y nunca imaginé todo lo que habría vivido allí 3 semanas más tarde.

Me sorprendí enseguida de ser la única integrante de Madrid. Personas de todos los rincones de España, de Ecuador, Colombia, Chile, Argentina, México, China, Japón, Estados Unidos, Francia, Portugal, Italia, Estonia, Egipto o Israel, se aventuraban como yo en este viaje. Así fue como un grupo de 50 personas incluyendo a los integrantes del Workshop de Fotografía, que se comunicaba en una mezcla de inglés, castellano en su más rica variedad de acentos y por supuesto catalán, invadió Olot, una pequeña ciudad escondida entre volcanes. Podrás imaginar la riqueza cultural y vital que este ambiente internacional aportó en todos los sentidos.

En la entrada había un enorme *planning* con todas las actividades programadas para los próximos días: excursiones, conferencias, correcciones, etc. Pero rápidamente me di cuenta de que el workshop es mucho más que eso. Son los cafés en el bar que todo el elenco RCR invadía cada mañana y cada tarde y las conversaciones que ahí surgían; es explorar caminando y asombrarte con paisajes que nunca antes habías visto; es descubrirte totalmente compenetrada con un equipo porque a pesar de haber sido sus integrantes formados a miles de kilómetros de distancia en países muy distintos, hablamos el mismo lenguaje, y tirarte hasta las tantas trabajando porque mañana corriges con Rafael, Ramón y Carme -*¡que alguien me pellizque!*-.



Sábado 9 de julio. Excursión a las obras de RCR en Olot_ Foto: Parc de Pedra Tosca



Ambiente de trabajo en el Espai Barberi

Es hacer un picnic en el Pabellón del baño, irte de forma improvisada un domingo a una preciosa playa en la Costa Brava rodeada de ruinas romanas; es pedir otra ronda, y otra más aunque se te vaya la hora un martes cualquiera; es vivir una experiencia inmersiva de música, danza y espacio en el bosque cercano a la Vila, -gracias, Materia Bosque-. Es percibir la arquitectura con tu propio cuerpo y sentir, adentrarte en las obras que tantas veces has visto sobre papel o pantalla pero esta de vez de forma única: de la mano de Rafael Aranda con un cuaderno A3 de acuarelas explicándote *in situ* los conceptos que llevaron a esos proyectos -aunque esta excursión suponga dormir 2 horas debido a la diversión de la noche anterior. Sí, en Olot el fin de semana hay ambiente, y no, no todo iba a ser trabajar-.



Sábado 16 de julio_
Excursión a las bodegas de Perelada

Es curioso, cuando pensaba en 3 semanas en Olot me parecía mucho tiempo, incluso en esa maleta de 20 kg ingenuamente metí 3 libros y ropa de deporte pensando que tendría muchos ratos sin actividad, y al mismo tiempo, frente a otras becas de 6 meses esta me parecía corta. No sabía cuánto me equivocaba en ambas suposiciones, el nivel de aprendizaje y la huella que ha dejado esta experiencia en mí es más profunda de lo que pudiera imaginar, equiparable a cualquier estancia más larga -o eso pienso-. Y sin embargo, 3 semanas fueron demasiado pocas. O quizá no. Porque como me repetí muchas veces cuando me entristecía al ver que pasaban los días y esto llegaba a su fin, en parte lo bonito es que se acabase tan rápido. Es la intensidad que da esa brevedad la que hace que vivas cada segundo como si fuera a escaparse entre los dedos, la que te hace aprovechar cada instante y que el dormir pase a un segundo plano para poder exprimirlo todo al máximo. Suena a tópico, pero si no lo vives no lo entiendes. Y por más que intente reproducírselo a los míos con fotos, videos, etc. sé que es indescriptible, que lo guardo en mi pequeño cajón de grandes recuerdos y que, eso sí y sin ninguna duda, recomiendo a cualquiera. Terminó con la frase que nos dijo Rafael el último día...



Viernes 22 de julio_
Presentación final y entrega de diplomas

Gracias por este momento intenso compartido.